

los peones y de las mulas, que transitaban en forma heroica por escarpados senderos, en medio del fango y del lodazal, y llevaban consigo todo tipo de mercancías hacia la capital de la república.

Este relato literario viene acompañado de bastantes fotografías, algo raro en la época, que ayudan a visualizar determinados aspectos del relato. Llama la atención que aunque algunas de esas fotografías en sí mismas generen inquietudes y problemas –como las consagradas a los “indios”–, sin embargo no den pie a explicaciones sociales, ni a preguntas por parte de los científicos suizos. Eso se percibe, para dar un ejemplo, cuando se describe el paisaje de la hacienda cafetera Argelia, de Viotá, y se destacan las buenas maneras de sus propietarios, al tiempo que se menciona el embrutecimiento de los peones, degenerados según estos científicos por el consumo de chicha (págs. 221 y sigs.). Pero lo que resulta llamativo radica en que, a pesar de presentar varias fotografías (págs. 223 y 232) en las que claramente se observa la miseria de los peones y agregados, los naturalistas jamás se preguntan si eso está relacionado de alguna manera con las formas de explotación del trabajo en la hacienda, mientras que sí hacen una abierta apología de los terratenientes, a quienes presentan como representantes del progreso y la civilización.

Como sus preocupaciones principales están centradas en el paisaje, en reiteradas ocasiones manifiestan su sorpresa ante lo que ven sus ojos. Después de dejar la población de El Banco, en la costa norte de Colombia, sostienen que “ninguna pluma podrá transmitir el encanto, la variedad y la imponente majestuosidad de la selva tropical en su exuberancia y su lujo de vegetación. ¡Cómo parecen de pequeños y monótonos nuestros bosques al lado de estas selvas vírgenes inmensas que cubren todo el valle del Magdalena y que vienen a morir al borde del río!” (pág. 109). Algo que adquiere más significado porque fue dicho hace tan solo un siglo y hoy puede constatar que gran parte de esa selva ha sido destruida. También se menciona la cantidad y variedad de cocodrilos que se encontraban al borde del río Magdalena y que hoy están prácticamente extinguidos.

Entre las pocas comparaciones de tipo social y humano que efectúan en el libro, los naturalistas hacen un superficial contraste entre los antioqueños y los cundinamarqueses. Sobre los primeros reproducen el socorrido mito que hace alusión a su carácter de emprendedores porque procederían de judíos que fueron transportados a esa región durante la colonia (pág. 125). Sobre los segundos afirman que son degenerados –salvo los habitantes cultos de Bogotá, a la que presentan como La Atenas Sudamericana–, en gran medida porque consumen la chicha, a la que no dudan en calificar como una bebida sucia y antihigiénica (págs. 208, 220-221).



En una que otra ocasión proporcionan alguna información interesante, que puede contrastarse con lo que sucede en la actualidad. Dicen, por ejemplo, con tono de sorpresa, que la educación es muy mala, lo cual es explicable porque “en 1913, el presupuesto preveía para la instrucción pública de toda Colombia la modesta suma de \$782 509, mientras que se afectaba al presupuesto de guerra \$3300632” (pág. 213). Algo que no ha cambiado mucho un siglo después, en este país de machos y militares.

Como una muestra de su concepción etnocentrista, los viajeros suizos concluyen su relato de esta forma:

Henos aquí entonces de regreso en la vieja Europa civilizada. Inmediatamente nos impresiona la ausencia de horizontes infinitos; la mirada es limitada por cercas, casas y aldeas. Nos reencontramos con la vida civilizada con todas sus ventajas pero, a pesar de todo, no podemos impedirnos de

extrañar aquellos países inmensos que acabamos de atravesar, donde la naturaleza, entregada a sí misma, se presenta en toda su magnificencia a los ojos de los viajeros maravillados. [pág. 244]

Esta conclusión confirma los prejuicios que anidan en la mirada de Próspero, cuyo interés prioritario son los recursos naturales, para apropiarse de ellos, antes que por las gentes que habitan esos lugares, los cuales no interesan como tales, sino solo cuando sirven como fuerza de trabajo barata y/o cautiva en las minas o, por entonces, en la navegación fluvial o como cargueros y arrieros de mulas. Mientras unos trabajan con intensidad, los pobres de acá, otros, los científicos y naturalistas de allá, pueden observar el paisaje y nuestras bellezas naturales desde el lomo de las mulas y en algunos casos de los cargueros humanos, para luego llevárselas, sin recato alguno, disfrutarlas a su modo, y dejarnos a nosotros saqueo y contaminación.

Renán Vega Cantor

Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional

La obra es más que la vida

García Márquez.
El hombre y su obra

GENE H. BELL-VILLADA

Ediciones B, México, 2012, 514 págs.

Acercarse a *Cien años de soledad* no es solamente leer una novela, sino sumergirse en un vasto territorio cultural y vislumbrar una serie vertiginosa de personas, patrones, horizontes y significados. Su cronología abarca desde los inicios de la colonización europea en América hasta las perturbaciones de los últimos tiempos (siglo XVI) hasta aproximadamente mediados del siglo XX [pág. 173]

AL INICIAR la segunda parte de su libro, “Las obras”, el profesor Bell-Villada lo hace a partir de *Cien años de soledad*. Algo, por cierto, que quita suspenso al análisis, que recorta las

expectativas sobre la progresiva concreción de un mundo y el arduo esfuerzo del aprendiz de escritor para adquirir un timbre y sobrepasar vías fallidas. Comenzamos con la obra maestra que sintetiza así un mundo, con “La historia de Macondo”; en veinte subdivisiones, veinte capítulos sin numerar, “con párrafos llenos de eventos intercalados con un diálogo mínimo” (pág. 180), nos da “un cuarteto de etapas”. “Inocencia utópica / armonía social (1-5), heroísmo militar / lucha por la autonomía (6-9), prosperidad económica / declive espiritual (10-15), y decadencia final / destrucción física (16-20)”.

A partir de las observaciones de Claude Lévi-Strauss, quien señaló cómo las prohibiciones del incesto están “en el umbral de la cultura, en la cultura, y en un sentido son la cultura misma” (pág. 184), García Márquez, poco amigo de la teoría, desarrolla su enrevesado laberinto de sangres en pos de la criatura con cola de cerdo.

Sus mujeres, que el propio narrador considera masculinas, tendrán su ápice en Úrsula Iguarán de Buendía, tan bien caracterizada por el cubano Reinaldo Arenas en una de las primeras y más certeras reseñas de la novela (julio de 1968), como eje que sostiene la obra y cuyo fin es el de la narración misma, casa y familia. Dirá Arenas: “Ella es la centenaria que oculta su ceguera a fin de evitar dar lástima, ella es la casi delirante y marchita bisabuela, que sabe que preparar un postre en la cocina es uno de los rituales indispensables para mantener el equilibrio de la casa” (pág. 185).

Equilibrio que podrá romperse no solo por los cambios tecnológicos, de ferrocarril a cinematógrafo, sino por las contribuciones insospechadas de otras etnias y cosmovisiones, como es la peste del insomnio y la posterior amnesia que Rebeca, la hija adoptiva, contrae de los indígenas guajiros, que han perdido así la memoria ancestral de su tribu.

Solo que más allá de estos elementos el saber anudar tantas figuras y lograr que en ningún momento se interrumpa el poder avasallador de ese torrente verbal, de éxtasis y de soledad, de júbilos y carnicerías, que por irreales parecen aún más ciertas, se debe a “la consistencia narrativa de la voz” (pág. 201) y a “la misma actitud serena e

imperturbable”. Señal distintiva del gran narrador.



Podremos así fijarnos con calma en sus cuentos, los abstractos y un tanto metafísicos de *Ojos de perro azul*, escritos entre sus diecinueve y veinticuatro años, con sus oníricas pesadillas olvidadas al despertar, hasta los ya sólidos e impregnados de vida cotidiana y dramas morales, como los tres que transcurren también en Macondo y que incorpora el libro con el título del último de ellos: “La siesta del martes”, “Un día después del sábado” y “Los funerales de la Mama Grande”.

Escapándose de “la novela defectuosa y larga de García Márquez *La mala hora*” (pág. 226) como la califica Bell-Villada, surge la primera obra maestra: *El coronel no tiene quien le escriba*, con su personaje de 75 años en el inicio de la fascinación reiterada por los avatares de la vejez tal como los abordará más tarde ya sea en *El amor en los tiempos del cólera* como en *Memoria de mis putas tristes*, desde el ángulo de la sexualidad senil.

Pero ahora tenemos una dictadura militar, un hijo muerto, un gallo de pelea y la letárgica ineptitud burocrática de una maquinaria, ahogada en trámites, sellos y muchas copias para no expedir una pensión. Y un pueblo unido en torno a la expectativa de una quimera, mientras la mujer, antecesora de Úrsula Iguarán, hervirá piedras para que se sepa que en su casa también se cocina.

Bell-Villada sabe enriquecer su minuciosa lectura –al capítulo sexto y último de *El otoño del patriarca* “se

compone de una sola frase de 1825 líneas” (pág. 288)– con alusiones y referencias acertadas a otras lecturas como el dentista británico que en el penúltimo capítulo de *El poder y la gloria* de Graham Greene vive una situación afín a la del dentista de “Un día de estos” (pág. 218).

Luego de estas incursiones en el pueblo primordial, con su juez, cura, dentista, peluquero, militar, doctor y prostituta, con su comidilla clandestina de chismes que todos saben, podemos internarnos en orbes más amplios, de temas más complejos. Tales como sexo y poder, según Bell-Villada “los dos grandes temas de *El otoño del patriarca*” (pág. 214), donde se despoja de la efectividad irónica, de cámara lenta, para ampliar el neorealismo de lo cotidiano, de los pueblos estancados en el sopor letárgico del trópico, hacia los vastos horizontes del litoral Caribe y el reguero, como dirá, de las islas de las Antillas.

Experimento literario para romper el hechizo de *Cien años de soledad* los datos de la historia real, extraídos de tantos dictadores latinoamericanos empiezan a levitar y liberarse en la fantasía narrativa de un texto polifónico en el que las arias del dictador se entremezclan con el coro popular que acompaña su peripecia, y lo oye en una prosa más próxima a la poesía de Rubén Darío y a la música, de los tamboritos de Panamá a las plenas de Puerto Rico, con un mecanismo rítmico de cadencias y repeticiones, de rimas y escansiones, donde lo oral, plebeyo y sudoroso, flexibiliza lo textual, que bien puede nutrirse de Suetonio o Plutarco.

Las otras ficciones de García Márquez son también sometidas a puntuales análisis, desde los noventa minutos de vida de Santiago Nasar en *Crónica de una muerte anunciada*, hasta los sesenta años (de 1875 a 1935) en que Fermína Daza y Florentino Ariza aguardan la consumación de su amor, entre toques irrisorios de tragedia (capturar un loro en un árbol del patio) e incidentes de un humor tan cauteloso como explosivo, padecidos por ancianos resquebrajados en luna de miel.

En *El general en su laberinto* un hombre convertido en un ser mítico vuelve ahora a su simple condición

mortal, lleno de defectos, pero también de nuevas virtudes.

Podemos quizá concluir el recorrido con *Del amor y otros demonios* (1994) donde la fusión de dos temas soslayados, la Inquisición y la esclavitud negra, nos permiten escuchar otras hablas (yoruba, congo y mandinga) y visualizar otros dioses, Changó o Yemayá, que, provenientes de África, efectúan el mestizaje en el cuerpo de esa joven a quien todos los demonios, el peor de todos es el del amor, la poseen y torturan, seducida por su exorcista y por los poemas de Garcilaso de la Vega.

Este gran contador de historias que es García Márquez disfruta ya del honor de ser un clásico en vida; su formación como periodista le permite realizaciones de gran aliento como *Noticia de un secuestro* (1996) en época de Pablo Escobar, pero que no lo desvían de su fecunda síntesis entre lo popular y lo sofisticado para lograr que “La irrealidad poética y la exageración artística” (pág. 472) sirvan para contarnos tanto una guerra civil como un idilio tan cursi como sublime. Una risa irreverente que destruye los prejuicios sociales y junto a ella una meditación profunda sobre las complejas relaciones del poder al unir déspotas y víctimas en relaciones que no son de un único sentido, pues la violencia política y el despotismo machista han marcado la historia de América Latina, en todas sus variantes. El libro publicado en inglés en 1990, lamentablemente adolece de un gran descuido editorial en la corrección de pruebas, con muchas erratas y algunas exageraciones difíciles de comprobar como aquella de la página 113 en la que se dice que Pablo Neruda “fue forzado a permanecer boca abajo a punta de pistola por unos días, solo para morir de cáncer una semana después”. En todo caso, un trabajo meritorio dentro de una bibliografía ya inabarcable.

Juan Gustavo Cobo Borda

Dibujar a Gabo en colores

Gabo, memorias de una vida mágica

VARIOS AUTORES

Rey Naranjo Editores, Bogotá, 2013, 184 págs., il.

A PARTIR del legendario viaje de Gabriel García Márquez con su familia, rumbo a las playas de Acapulco, en México, en 1965, un guionista, Óscar Pantoja, y cuatro ilustradores, Miguel Bustos, Tatiana Córdoba, Felipe Camargo y Julián Naranjo, nos dan en cuatro partes, en papeles de color distinto, esta novela gráfica, sobre la vida y los libros de nuestro premio Nobel de 1982, recibido a la edad de 55 años.

Todo debido a la historia que le sobrevendrá, en un inicio ya clásico, en esa tentativa de unas frustradas vacaciones a la playa. *Cien años de soledad* lo obligará a retornar a Ciudad de México y encerrarse dieciocho meses a escribirla. Pero ver lo que en muchos casos ya conocíamos por biografías y cronologías, convertido ahora en un cómic de largo aliento, en una tira, no cómica, sino seria, es toda una sorpresa.

Primero, porque este tipo de libros no proponen una fidelidad fotográfica con el retratado, sino que dejan al arbitrio de los ilustradores el personaje. Porque no se trata de brindar una documentada información, aun cuando incluye epílogo, bibliografía, cronología y Gabo en la web, sino más bien seguir los sinuosos senderos con que el guionista nos lleva de aquel presente mexicano a un abuelo ya muerto que le abrió las puertas del mundo y a un pueblo remoto con fecha ya legendaria: Aracataca, Colombia, 1927.

Seguimos entonces a una figura con bigote que luego se vuelve niño de la mano de su abuelo, el coronel Nicolás Márquez y su esposa, Tranquilina Iguarán, y que en rápidos escorzos nos dará la guerra de los Mil Días, la huelga de las bananeras y dos ejes que sostienen el recuento: el abuelo como árbol genealógico y la abuela como el lado mágico de la historia. Allí también se nos dará la soledad primigenia del niño en una casa llena de muertos, dejado en manos de sus abuelos, y su

proceso inicial de formación, al dibujar, al descubrir el diccionario y oírle al abuelo los poemas de Rubén Darío. Ya este primer capítulo involucra la culminación: la entrega del premio Nobel, en Estocolmo, vestido de liquillique. Pero, curiosamente, el dibujo es sobrio, casi esquemático. La visión del pueblo, en la edificación de la casa, en el comisariato donde conocerá el hielo y en las breves caracterizaciones de ese auge en apariencia tumultuoso de Aracataca gracias a la United Fruit y el de toda la zona bananera clausurado con la masacre de los trabajadores. El dibujo no corresponde al realismo mágico, sino más bien, al apunte escueto apoyado en los textos.



La segunda parte, en azul, nos trasladada a Bogotá, al 9 de abril de 1948, a sus primeras publicaciones en *El Espectador*, gracias a Eduardo Zalamea Borda, su estadía en el Liceo Nacional de Zipaquirá, a lo cual corresponde otro de reciente aparición: Gustavo Castro Caycedo, *Gabo: cuatro años de soledad. Su vida en Zipaquirá* (2012).

Allí se nos dará también Barranquilla con la Librería Mundo y La Cueva, con los amigos y, sobre todo, el romance con Mercedes y la ulterior boda. Pero siempre se vuelve a la compra del Opel 62 sedan que lo llevaría a Acapulco y en cierto modo a la gloria, dejando atrás esa época de pobreza y bohemia como periodista, en la incertidumbre de las primeras obras (*La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *La mala hora*) y su contacto, en su viaje a Europa, con el cine de Italia –una experiencia que lo ayudaría a visualizar los fantasmas,